

PELOTARIS CÉLEBRES.



MUCHACHO.

Un pelotari engendrado en Berrobi, al lado de Tolosa, y dado á luz en Montevideo. Si su celebridad aumenta y la estatuomanía cunde, habrá que fundirlo con un pié en Guipúzcoa y otro en el Uruguay.

Habla el bascuence con la pureza y la facilidad de un *baserritarra* (campesino), y el español con el dejo andrógino de los sudamericanos.

Proviene su mote de que, á los diez y siete años de edad, siendo un *muchacho*, jugaba á la pelota á mano limpia con tanta habilidad, que vencia en Montevideo y Buenos-Aires á los más famosos jugadores indígenas, a Paysandú entre ellos.

Se llama Saturnino Echeverría, se educó en Tolosa, volvió al Uruguay y allí se hizo pelotari. Tiene veintiun años.

Cuando vi jugar por primera vez á Muchacho, hace un mes, en San Sebastian, recordé inmediatamente á Beloqui, el originalísimo pelotari de Villabona, que ocupa un lugar aparte en el *sport* guipuzcoano.

Las afinidades que existen entre los dos jugadores se explican fácilmente al saber que Beloqui fué el maestro de Muchacho, más que maestro, inventor del simpático pelotari, cuyas disposiciones descubrió Roman cuando le vió jugar á mano en Buenos-Aires, y cuya voluntad espoleó fraternalmente, con cariño sin igual.

Beloqui fué quien apartó á Muchacho del juego á mano limpia, y le aconsejó que empuñara la cesta. Hizo más: en cuanto llegó á Villabona, de regreso de uno de sus viajes á Buenos-Aires, mandó á Saturnino las mejores cestas de Ascain que pudo adquirir del famoso constructor Lacarra.

Muchacho comenzó á ensayar el nuevo juego, y se dió tan mala maña en él, que al volver Beloqui le encontró apesadumbrado y á dos pasos de abandonarlo completamente.

Animóle otra vez, levantó su abatido espíritu, trató de corregir los naturales defectos de la inexperiencia, y ayudando á la teoría con la práctica, solícito como un padre y terco como un profeta, el *Gran Loco* consiguió su fin.

Muchacho adelantó rápidamente, y dos años despues, á los diez y nueve de edad, tomó la alternativa peleando contra Irún con tal éxito, que formó inmediatamente entre los jugadores de primera.

Tal es la breve historia de Muchacho, de ese retoño de Beloqui, á quien se parece mucho, y de quien se diferencia igualmente.

Como Beloqui, carece de las líneas atléticas, del desarrollo muscular de Irún, de Elicegui y de Samperio, y, como Beloqui, tiene su cuerpo ese abandono innato, ondulante, atractivo, esa característica dejadez elegante y distinguida que hace de *Lagartijo*, en la Plaza de Toros, una figura incomparable.

La cabeza de Muchacho, como la de Beloqui, cae hácia adelante y se mueve con blandura, á par de los hombros, á un lado y otro, en muelle zarandeo mixto de resignación y de malicia.

Donde Irún se yergue con vista de águila y zarpazo de tigre, Muchacho y Beloqui se doblan suavemente, con la vista en el suelo.

Juan José es la fiera en libertad, amenazadora, terrible, recogida en su fuerza y olfateando la carne. Roman y Saturnino van y vienen, lento y traidor el uno, como un chacal, mirando de soslayo, presto á acometer cuando menos se piensa, corriendo sin cesar el otro, atrás, adelante, á derecha é izquierda, describiendo curvas, trazando diagonales, en un movimiento febril, incesante de gamo retozon.

Beloqui hierve por dentro, con fuego oculto, cuyas llamaradas le abrasan sin que lo advierta nadie; sus estallidos son por eso tan imprevistos como ruidosos é imponentes.

Muchacho hierve por fuera; todos los poros de su cuerpo arrojan vapor; parece una locomotora cuesta abajo, con el regulador en banda, á una presión enorme, la máquina de Zola en el final de *La bête humaine*.

Es el jugador azogue, el pelotari hormiguillo, un histérico del frontón en movimiento continuo, incapaz de dominar el torbellino de su sangre, hipnotizado por la pelota, exclamando jadeante «¡oh! ¡oh!

¡oh!» cuando emprende fantástica carrera persiguiendo la pelota que que no puede alcanzar, gritando desaforado «¡cancha! ¡cancha!» (¡plaza! ¡plaza!) á sus compañeros ó á los jueces cuando corre tambaleándose, con la cabeza caída y los brazos abiertos, temeroso de que le roben el espacio; queriéndolo todo, entrando á todo, absorbiéndolo todo, resbalando aquí como un patinador, dando allí caídas de latiguillo, como los picadores en los toros; el baile de San Vito con cesta, el vértigo del juego, un atropellado bullir que regocija, atrae, conmueve y entusiasma, produce pena, causa risa, despierta simpatías y hace que estalle la admiración.

La cara del pelotari, una cara aniñada, fina, que los nervios golpean en los momentos de rabia con sacudimientos de muñeca de resorte, da al juego de Muchacho realce brillantísimo, un carácter infantil de mocete travieso, pendenciero, provocador, á quien se perdona todo, porque las travesuras son expansión natural del temperamento, sin las consecuencias aviesas de la mala intención.

En Beloqui y muchacho hay esa diferencia: Beloqui es la sátira, Muchacho es el chiste; aquel oculta la ponzoña y mata, éste muestra las garras y no hace más que arañar.

Con Roman el público está en vilo; es un loco, y sus locuras se incuban secretamente; por eso los adversarios del pelotari tienen siempre los ojos sobre él, desconfiados, apercebidos, alerta constantemente, temiendo las mortíferas sorpresas de la traición.

Con Saturnino no hay nada de eso; se le conoce de antemano, es una casa abierta, cuyo interior se descubre con suma facilidad.

Así es que, verle jugar una vez, es verle jugar siempre; es ver al luchador que da cuanto posee sin regatear, que apela á todos sus recursos, que gasta todas sus facultades, arrastrado por una nerviosidad ingénita, irremediamente, fatalmente, por ley de naturaleza, que no por vano prurito de exhibición.

La influencia que los nervios ejercen sobre Muchacho es tan poderosa, tan absorbente, que diríase que vive fuera de la realidad en cuanto pisa los frontones, enloquecido por la pelota cuando juega, en auto-sugestión perpetua cuando muy raramente se decide á descansar.

Con el fluido nervioso que conserva en los descansos, le he visto hacer, en un reciente partido, lo siguiente: 1.º, dirigirse con ánimo resuelto hácia una silla para sentarse y quedarse de pié; 2.º, coger inmediatamente la toalla para enjugarse el sudor y dejarla de nuevo sin

hacer de ella el menor uso; 3.º, pedir agua y coñac para refrescar la boca, tomar el vaso, dejarlo incontinenti y marcharse al fronton sin mojarse los labios. ¡Y todo esto en medio minuto!

Es un hombre así, víctima de su temperamento, como Beloqui, y que vive en continuo estallido, con el estrépito de los manojos de cohetes que sirven de final á las funciones de pirotecnia.

Dicen que, cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo mata moscas. Muchacho tiene tambien algo de eso; de él puede decirse que, cuando no tiene que hacer, espanta mosquitos con la cesta.

Y, en efecto, hasta para sacar necesita sacudir hácia atrás el instrumento, una y dos veces, en los instantes que median entre el aviso y el bote.

Cuando se sienta, parece que el asiento tiene punta de París; cuando se levanta, diríase que el suelo arde; así es que anda siempre sesgando, al bies, en un eterno desconocimiento de la línea recta.

El hombre es como el jugador; habla sacudiendo las frases, vivamente, á saltos, con los ojos entornados, con la sonrisa en la boca y la picardía en el rostro.

Su boina no está quieta jamás; una mano febril la mueve y zarandea incesantemente, y tan pronto cae sobre las orejas ó la nuca, mientras se balancea el cuerpo y se agitan las piernas y las manos.

Por eso los defectos del pelotari son exceso de sus buenas cualidades, dimanen del *trop de zéle*, de Talleyrand.

Esclavo de su naturaleza, Muchacho entra demasiado, anda demasiado, se prodiga con exceso, despilfarra sus fuerzas y se fatiga, envuelto en ese delirio de hacerlo todo, que le obliga á despreciar los intereses y á mantenerse siempre del capital.

Como la debilidad de Beloqui es la dejada, la de Muchacho es el bote pronto, anticiparse al bote, cortando su desarrollo natural, atrasar el brazo y enganchar rápidamente la pelota, dando á la cesta un movimiento de cuchareo.

La dejada de Beloqui es un resultado, obedece á un plan; el bote pronto de Muchacho es un fin, es el prurito de coger la pelota, aunque no vaya colocada, aun tenga tiempo de alcanzarla el zaguero.

La cuestion es entrar, entrar siempre á tontas y á locas, seguir á la pelota como un sabueso, desquiciado, mareado, medio loco, en aquella embriaguez del juego que hace olvidar á Muchacho cuanto existe á su alrededor.

Tiene condiciones admirables: vista, agilidad, unas piernas inverosímiles, las más ligeras que he visto despues de las del Chiquito de Eibar, bastante brazo y gran muñequero.

Su desesperacion es el saque.

—No sé sacar—me ha dicho muchas veces;—mi saque es saque de mujer, un saque marica. Hago lo posible para mejorarlo y no puedo conseguirlo; en cuanto veo el bote me asusto.

Es verdad; sus saques son entre punta y remonte, saques de costado; claros y nobles en general; y se observa que, cuando afina uno y gana., el siguiente queda corto y le hace perder.

Es el principal defecto de su juego; porque, aun juzgando como tal el exceso de sus entradas, el defecto resulta, en mi concepto, leve.

El jugador de adelante debe más bien pecar de excesivo que de reservado; todo lo que sea entrar al aire es dar descanso al zaguero y colocar el tanto en condiciones de normalidad.

Lo que precisa en este caso es, ante todo, la resistencia, segun sucede con Irún; y como Muchacho carece de ella para soportar un juego violento, hay notable desequilibrio entre sus facultades y su voluntad.

Pero estos defectos son nada al lado de las brillantes cualidades que acabo de apuntar. El juego de Muchacho es un juego pasional, con un ardor de vida, con una intensidad de luz que hacen presa en el público.

No habrá uno, lo mismo en España que en América, que deje de sufrir la influencia que ejerce sobre los nervios ajenos la propia nerviosidad del jugador.

Aquel ánimo tan decidido, aquel impetuoso ardor, aquel bullir valiente, aquel derroche de fuerza, de ingenio y de recursos, de piernas, de brazo y de sudor, aquel entregarse á discrecion á una naturaleza dislocada para alcanzar victoria: todo el cuerpo, toda el alma, todos los nervios, toda la sangre corriendo á borbotones por el fronton, abrasan al espectador como una lava, lo enervan, lo atraen, lo seducen, conmueven y lo entusiasman.

Pelotari que no se reserva nunca, la prodigalidad con que se entrega al juego y el coraje y la astucia con que suple á la cantidad de fuerzas, son sobrados alicientes para que su *estilo*, ayudado por una figura de niño retozon, simpática y elegante, alcance todos los sufra-

gios, despierte la admiracion y promueva ovaciones, tan grandes como merecidas, en todos los frontones.

Pierde partidos en los cuales se le aplaude más que á los gananciosos, y es justicia. Muchacho no tiene más que un ideal, el público: todo por él, todo para él, sobre todo si domina entre los espectadores el eterno femenino! Lo demás, rencillas entre compañeros, desplantes, ira, pesadumbre, nada de eso existe para él.

Que gane, que pierda, está siempre contento si le han aplaudido y sabe que el público lo está. Terminado el partido, el jugador queda en el fronton; fuera de él no hay más que el hombre, un hombre con la conciencia tranquila porque ha dado de sí cuanto podia dar.

Una perla, en suma, adorno precioso de los frontones, que el público adora y admira siempre entre todas las demás, por hermosas que sean.

¿Volverá á Buenos-Aires? (Volverán con él Irún, Portal y Tandilero? ¿Serán capaces de empuñar las cestas y echar á la tierra, de bolea, ó cortar sobre la raya la gratitud?...

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Irún y Julio a 27 de 1891.

